

Poder de los celos

Marcos Teño
1886

Imitación

En la noble y leal ciudad de Cartago vivían don Roberto Canfin y el señor Aguarrás. Nada de extraño ofrecían ellos en sí, y hasta su fisonomía pasaba de vulgar, rasgo de la inmensa mayoría de los hombres que no han nacido para figurines como uno que tengo en prensa y pronto verá la luz pública.

Aguarrás era un taimado a juzgar por lo que se oía en la vecindad. Era vendedor de comestible o pulpero como decimos acá, y la balanza se quejaba de la fidelidad del señor Aguarrás y las criadas le retiraban la clientela por que en tan escasa ración no había lugar a sisa.

Don Roberto era el lado opuesto, pasaba de bobalición. Era comerciante de telas y ya había perdido la costumbre de rebajar un decímetro a cada metro de tela o cinta que vendía. Desde que pasó de dependiente a principal había olvidado esas mañanitas, pues tenía un regularcito capital para retirarse del giro. Ya no se metía con la tienda: sus dependientes vendían, él los observaba y los despedía a su antojo diciendo que ya no necesitaba de sus servicios. Ellos que median bien y que no habían sacado un cinco a hurtadillas de la gaveta de su amo, no sabían la causa de ese retiro. Uno de tantos allegados preguntó a Canfin la causa de esas despedidas y Canfin le dijo que no servían para el oficio y convenía que buscaran otra cosa que hacer.

Canfin y Aguarrás iban en camino de resolver las cuestiones de la gobernación y el colegio, de llevar el estandarte en Corpus Christi, de alquilar sin miramiento los fondos del cantón y de votar porque hubiera balles, es decir, se encaminaban a ser regidores municipales.

Para esto tenía adelantado algo: Aguarrás pertenecía al partido plebeyo que quiere ver arder todo, hasta el Palacio Municipal, con las mil informaciones que se han seguido durante cierto periodo y eso que los de arriba eran los que debían más cuentas en su tienda y él no se había atrevido a negar crédito a quienes no lo tenían por temor de una arbitrariedad de parte de ellos. Don Roberto era del partido de los nobles, falange que dice desea la prosperidad de Cartago, pero con tal de que le den algún puesto para mantener su posición y el lustre de sus casas solariegas.

Vivían uno al lado de otro, pero siempre se habían visto con el desdén con que se mirarían la seda y el queso; sin embargo habían coincidido en dos cosas: en saludarse con la risita fría consabida y en usar sin escrúpulo, para envolver lo que vendían, **La República, El Comercio** y hasta **Costa Rica Ilustrada** que tan famosa es, única coincidencia, pues el periódico que había servido para envolver un rico tejido podía servir para envolver un pedazo de jamón o de queso. Era la democracia agitándose en el oleaje que forman el mar de los intereses y de la vanidad, al soplo del viento de la prensa industrial, como diría Castelar o Echegaray.

Don Roberto era casado y Aguarrás no se sabe qué estado tendría, pues a pesar de ser tan frecuentes las informaciones nunca le llamaron a declarar su edad, estado, profesión y domicilio. Pasaba por soltero, pues en su casa no había más faldas que las de un perrillo lanudo que tenía.

Luengos años habían vivido sin borrascas, sin turbar la calma, pero llegó un momento en que Canfin temeroso de que su frente se lesfigurara perdió el sosiego, sintió celos y tenía la imaginación ocupada en ello.

Una mañana salía de su dormitorio y se le figuró haber visto atravesar cerca del cuarto de su esposa una vaga sombra como la de un duende, creyó oír pasos, abrir y cerrar de puertas. Ciertos son los to... iba a decir, pero se arredró, se estuvo sobre un pie como una grulla y creyendo oír que se duplicaban los pasos, se decidió a ir para ver qué era. Corrió con la rapidez del rayo, llegó a la puerta y llamó con más estrépito que lo que hubiera hecho uno de los municipales que rompieron la puerta del colegio.

—¿Quién es?
—Abre, linda.
—Espera, que ya voy.
Canfin, agarró a puñetazos y patadas la puerta.

—¿Qué Es eso, estás en tu juicio?
—¿Cómo no abriste en seguida, qué estabas haciendo?
—Vistiéndome.
—Ya estabas vestida.
—¿Qué quieres?
—¿Qué quiero! ¿Y me lo preguntas?
—¡Claro!
—Quiero beberme la san na... el café, traéme el café.
—No está hecho. Espérate.

—No puedo esperar. Házmelo tú. Y así hablando recorría los rincones de la alcoba parándose enfrente de una puerta que a más de la principal había en el cuarto.

—Esta puerta siempre está abierta, murmuraba para sí, porque en mi casa desgraciadamente todo está abierto, y como ahora está cerrada debe haber gato encerrado. ¡Y qué gato! Si lo cojo, me lo como crudo.

—¡Jesús! ¿Qué hablas de comerme crudo?, preguntó la mujer.

—El café, pero como tú eres tan amable, no consentirás que me lo tome crudo.

El retintín con que pronunció la palabra amable hizo temblar a la esposa. Don Roberto se sentó cerca de la puerta y añadió:

—Vamos, anda, hazme el café, mira, en esa anafre de calentar las planchas encenderás la lumbre; anda, queridita, y para que no te moleste el humo voy a poner este tubo de hojalata y le meto por la ventanilla de la puerta de este cuarto oscuro en que guardo mercaderías, aunque el humo las ennegrezca.

Lo que decía hacía, metió el tubo en una ventanilla que daba a la leonera y para no perder hebra de humo tapió los intersticios con trapos.

El filibustero del hogar, que había andado en otros negocios

menos en los de manchar honras, estaba que no le llegaba la camisa al cuerpo; la mujer no había parado mientes en lo que hacía su esposo, pues estaba ignorante de lo que pasaba; el comerciante Canfin avivaba el fuego para salir de Aguarrás y cada vez que se avivaba, se alegraba don Roberto.

—Se va a convertir en un chorizo o en un jamón, decía para sus adentros el vengativo Canfin.

En esas estaba cuando oyó dentro del cuarto un golpe como de un cuerpo que cae.

—¡Ya murió, ya murió!, exclamaba loco de alegría.

—¿Dónde está la llave? ¡Miserable!, clamaba echando una mirada diabólica sobre su mujer que yacía tendida, desmayada. Con que eran ciertos los toros. Ya no se me traba al lengua para decir esa maldita palabra. Voy a gozar de mi triunfo ante el cadáver ennegrecido de ese vil, infame, miserable seductor.

Entró en el cuarto, pero no podía ver por la hurgareda; por fin a gatas agarró una cosa como muñeca y tiró.

Qué asombro el de él y el de su esposa, que ya había vuelto

del desmayo. En vez de un cadáver se hallaron con un jamón.

—¿Cómo demonios se habrá verificado esta metamorfosis?

—¿Cómo se habrá convertido en jamón el cadáver de un hombre?

—¿Qué ruido había sido aquel que parecía haber producido la caída de un hombre convertido en salchicón o en jamón por obra y gracia del humo dirigido a él, a sus ojos y fauces por mano criminal y alevé?

El señor Aguarrás andaba viendo los rincones de la casa de Canfin, éste lo pilló, él se escondió y por salir desprendió un jamón al tirarse por una ventana.

Aguarrás no se dio a ver durante ocho días. Tenía un ojo hinchado y las gentes decían que era efecto de un duelo que había tenido con Canfin; éste no llegó a preguntar por su vecinito en el tiempo en que estuvo invisible.

Canfin mandó a hacer una pared en la puerta del susodicho cuarto y cuando lo supo Aguarrás exclamó:

—Canario, que si no me arrojó por la ventana, me dejan allí emparedado y me hubiera convertido en un jamón.